

Daimon. Revista Internacional de Filosofía, (en prensa): reseña aceptada para ser publicada en un próximo número de la revista.
ISSN: 1989-4651 (electrónico)

Licencia [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 España \(texto legal\)](#). Se pueden copiar, usar, difundir, transmitir y exponer públicamente, siempre que: i) se cite la autoría y la fuente original de su publicación (revista, editorial y URL de la obra); ii) no se usen para fines comerciales; iii) si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

FUKUYAMA, F.(2022). *El liberalismo y sus desencantados: Cómo defender y salvaguardar nuestras democracias liberales*. Barcelona: Deusto. Trad. de Jorge Paredes.

Enmarcado en una actualidad en la que *el liberalismo se encuentra seriamente amenazado en todo el mundo; si bien se asumió como algo natural en su día, sus virtudes y su valor tienen que exponerse y ponderarse de nuevo* (p.9), el último libro del politólogo estadounidense de raíces niponas inaugura un nuevo espacio desde el que repensar el liberalismo tradicional, clásico, como él menciona. Pues dada la urgencia que las últimas décadas nos presentan en materia de derechos políticos y libertades, Fukuyama afirma (citando a *Freedom House*) que nos encontramos en: *quince años seguidos disminuyendo hasta 2021, durante lo que se ha dado en llamar recesión democrática o incluso depresión democrática*(p.10). Insertada pues, en medio de una crisis de tal calibre en cuanto a derechos, resulta indispensable repensar, replantear, e incluso reformular, aquello que fue el liberalismo clásico en su tiempo de virtud.

Para ello, entiende Fukuyama con claridad meridiana, es indispensable escuchar las críticas y las crisis que han llevado a la supuesta doctrina del *fin de la*

historia a su propio fin, más no el de la historia. Por ello, la estructura de la obra orbita en torno a tres grandes partes definidas implícitamente, pues no explícitas, ya que esta división queda realizada en diez capítulos que más adelante comentaremos. *El liberalismo y sus desencantados* viene a reconstruir, pues, aquello que los recientes gobiernos europeos y estadounidenses han echado por la borda. *Líderes como Viktor Orbán en Hungría, Jarolsaw Kaczynski en Polonia, Jair Bolsonaro en Brasil, Recep Tayyip Erdogan en Turquía y Donald Trump en Estados Unidos fueron elegidos democráticamente y han utilizado sus mandatos electorales para atacar a las instituciones liberales a la primera oportunidad*(p.10).

Asumiendo esta crisis como punto de partida, decíamos que Fukuyama ha planteado su obra desde tres partes: definición e introducción al liberalismo y su reconversión en neoliberalismo (capítulos uno, dos y tres), trazado general y reconstrucción de las grandes críticas hechas al liberalismo(capítulos cuatro-

nueve) y reformulación general del liberalismo y sus principios atendiendo a todas estas críticas (capítulo diez). Con esta división interna de la narrativa del texto, pretende abordar el autor todo el trazado histórico, las críticas y el porvenir de la posible reconstrucción del liberalismo.

Pero, ¿de qué manera concreta el autor todo este proyecto? ¿sobre qué reflexiones y organización explícita del texto intenta dar salida a sus intenciones? Diez capítulos dividen el texto: 1. *¿Qué es el liberalismo clásico?* 2. *Del liberalismo al neoliberalismo.* 3. *El individuo egoísta.* 4. *El yo soberano.* 5. *El liberalismo se opone a sí mismo.* 6. *La crítica de la racionalidad.* 7. *Tecnología, privacidad y libertad de expresión.* 8. *¿Hay alternativas?* 9. *Identidad nacional.* 10. *Principios para una sociedad liberal.*

Así, trata el autor de asentar unos pilares acerca de lo que ha sido el liberalismo hasta el momento de su reconversión en neoliberalismo. Para ello, abre el texto insertando una cita de John Gray de la que rescatamos cuatro términos. La sociedad liberal es: individualista, igualitaria, universalista y meliorista. Pero en esto, resulta claro para Fukuyama que no toda praxis liberal ha cumplido con estos puntos. Por este motivo, ha resultado eventualmente como razón de expansión del liberalismo en materia de concesión de derechos.

Pero cabe aún una cuestión más desde la que erigir todo el texto, ¿ofrece Fukuyama una definición propia de lo que entiende por liberalismo? En efecto, afirma: *En el sentido en que yo empleo el término, liberalismo se refiere al principio de legalidad, un sistema de normas formales que restringe los poderes del ejecutivo, incluso aunque ese ejecutivo haya sido legitimado mediante unas elecciones* (p.31). Cobra mayor razón de ser si se da por buena la justificación histórica que arguye, pues siendo el liberalismo consecuencia de unos siglos XVI y XVII sangrientos debido a las guerras de religión, la doctrina liberal llegaba para garantizar la paz y la tolerancia. Desde este marco postula las tres justificaciones históricas de las sociedades liberales: 1. Argumento pragmático (regulación violencia), 2. Argumento moral (protección de la dignidad humana) 3. Argumento económico (promoción del crecimiento económico). Pero con todo-y seguramente debido a sus buenas intenciones y modos- el liberalismo acaba pecando de dogmatismo.

Por ello, aborda el autor la cuestión del neoliberalismo en el segundo capítulo. Pues, este programa neoliberal fue estirado hasta sus extremos más contraproducentes, afirma. Ponemos así un primer pie en el estado deficitario del modelo económico liberal que acaba desencadenando parte de

las críticas tratadas en los siguientes capítulos. Porque, en efecto: *A pesar de promover dos décadas de rápido crecimiento económico, el neoliberalismo logró desestabilizar la economía mundial y socavar su propio éxito*(p.39). Y es en este sentido que Fukuyama plantea el posible remedio y reproche al neoliberalismo.

Asumiendo que la noción de responsabilidad personal y que el libre comercio ha alcanzado cotas insostenibles al fomentar la libre circulación de liquidez, un paso atrás en pos de la defensa de ciertas protecciones del Estado, resultará crucial en la futura supervivencia del modelo liberal frente a la crisis alcanzada con el neoliberalismo. Es decir, libre comercio, sí, pero una amplia gama de protecciones sociales proporcionadas por el Estado, también.

Adentrando en la cuestión del neoliberalismo, reflexiona Fukuyama sobre el gran sujeto de esta doctrina, el individuo egoísta. Siendo este el gran problema que subyace a la teoría económica del neoliberalismo, trata el politólogo de deconstruir esta figura emergida, si no en el neoliberalismo, con la modernidad económica y filosófica. Por ello, empieza abordando los derechos de propiedad. Pues habiendo sido ampliamente protegidos, o incluso sobreprotegidos, entiende Fukuyama que esto no resulta en una

fórmula mágica para el desarrollo si esa propia redistribución no era de antemano justa. Por ello, cita el caso de diversos países cuya reforma agraria en pos de la división de las grandes fincas acabó siendo su gran motor de crecimiento económico.

Desde la misma perspectiva aborda la supuesta entronización del bienestar de los consumidores, pues en este sentido no hay razones para proteger exclusivamente la eficiencia económica. Ya que *De modo que las ideas acerca de la centralidad de los derechos de propiedad, el bienestar de los consumidores y el orden espontáneo son mucho más ambiguas en cuanto a sus consecuencias económicas, políticas y morales de lo que sugería la doctrina neoliberal*(p.55). En este sentido, la premisa individualista llevada al extremo parecería carecer de sentido (más cuando se piensa en la tendencia natural del hombre a formar grupos sociales). Por lo que Fukuyama sentencia que el error de la doctrina fue el adorar en extremo los derechos de propiedad por encima de otros aspectos estatales.

Abordando en el cuarto capítulo la cuestión del yo soberano, entiende el autor que el concepto de autonomía individual se absolutiza a tal punto, que incluso tendencias liberales como el Rawlsianismo devienen justificaciones para liberaciones del yo interior y de la autonomía personal. Por ello, entendiendo que muchos grupos

no alcanzarían la satisfacción prometida con la autonomía, es crucial que esta no sea ejercida por los individuos sino por los grupos. Y así, forzar al liberalismo a posicionarse en pos de ciertos valores. Dice: *El tipo de liberalismo que pretende a toda costa ser implacablemente neutral en lo que respecta a los valores acaba fracasando y volviéndose contra sí mismo al cuestionar el valor del propio liberalismo, y se convierte en algo que no es liberal.* (p.78)

En esta misma línea prosigue Fukuyama al adentrarse en el quinto capítulo, acerca de la oposición del liberalismo consigo mismo. Pues, al haberse absolutizado el principio de la autonomía liberal por encima de las cuotas liberales (e incluso, autónomas), caía este sistema en una contradicción. Quedaba así (o su nueva cara, el neoliberalismo) enfrentado consigo mismo. Por ello, aborda el núcleo de la cuestión: la política identitaria del proyecto liberal que quedó rápidamente desbancada en pos de la dicha ya, autonomía personal. Pues muchas de las críticas orbitaron en torno al acento otorgado al individualismo y la relación del capitalismo con la universalidad moral.

Llevando así la crítica al núcleo más frágil de toda la doctrina: asumir que el modelo de persona desde el cual erigir todo el entramado teórico, es individualista. Dejando con ello entrever, que la doctrina y

el proceder liberal ocultan una estructura de poder. Punto, con el que entra en desacuerdo el propio autor. Ya que, *En este sentido, la acusación de que los Estados liberales no han conseguido reconocer a los grupos es, en líneas generales, errónea.* (p.92)

Tras abordar estas diversas críticas, encara el autor el que resulta su más ambicioso capítulo: aprehender la crítica de la racionalidad. En este, aborda con una mirada amplia, la asociación habitual de la racionalidad del sujeto pensante como testimonio de una estructura de poder que podría remontar hasta el origen de la propia tradición logocéntrica. Siendo entonces esta racionalidad manifestada en la modernidad dentro del método científico y de la técnica, y a su vez haber sido estas últimas alineadas con el proyecto liberal, la crítica que pretende trazar se esboza sola. El liberalismo, la racionalidad y la ilustración, esconden detrás de sus máximas en favor de la igualdad, la fraternidad y la educación, una estructura coercitiva. Llegando, al final, a la misma conclusión. Reconocer el liberalismo y la política identitaria: Un postulado del liberalismo-y su premisa de igualdad universal-como marco dentro del cual deben los grupos luchar por sus derechos.

Aborda en el séptimo capítulo las problemáticas de la tecnología en relación con la privacidad y la libertad de expresión.

Pues siendo esta la primera libertad que toda doctrina aspira a proteger, resulta crucial entender sus problemas en sociedades completamente transfiguradas por la mediación de internet. Señala de esta forma las tres maneras en que en la actualidad se ha concentrado en poder sobre la expresión: 1. Forma de los gobiernos autoritarios monopolizando y controlando la expresión. 2. Control privado de los medios de comunicación tradicionales. 3. El volumen cuantitativo más que cualitativo de la información y expresión dado en internet.

Es por este motivo que, tras adentrarse de nuevo en las críticas esbozadas en el capítulo anterior acerca de la racionalidad y la ciencia, afirma que: *Tenemos que restablecer el marco normativo del liberalismo, incluyendo su enfoque de la racionalidad y la cognición. Una norma fundamental es la creencia, no en la ciencia, la cual no habla nunca con una única voz autorizada, sino en un método científico abierto y dependiente de la verificación empírica y la refutación*(p.128). Y tras esta recuperada creencia, entender que la libertad de expresión pende sobre el respeto al ámbito privado de los ciudadanos.

En el octavo capítulo se ponderan las posibles alternativas del liberalismo, desde la derecha como la izquierda. Una pregunta inaugura a la par que sintetiza bien

todo el argumentar de Fukuyama: ¿Qué principios o modelos gubernamentales deberían sustituir al liberalismo? Para la primera crítica queda claro que, por más que muchos críticos conservadores pretendieran encontrar solución al problema de la falta de un horizonte moral mediante un sometimiento a ciertos órdenes morales a través de medios autoritarios, las sociedades son hoy muy diversas. Por lo que, más que contemplar el derrocamiento del liberalismo, debería de aprovecharse esta falta de horizonte moral compartido como espacio de libertad común. Respecto de la segunda, comprendiendo que el escenario alternativo posible del programa de izquierdas sería aquel en el que se produjera una gran intensificación de las tendencias existentes (es decir, aquel en el que datos como el sexo, la raza, la preferencia sexual fuesen aspectos primordiales...), entiende Fukuyama que no parece probable su realización. Dejando con alguna vaguedad su respuesta.

Antes de concluir en el décimo capítulo con sus diferentes principios para el liberalismo, aborda en el noveno el último desencanto provocado por el liberalismo: la falta de identidad nacional. Pues, por su propia condición universalista, la teoría liberal parece haber pecado siempre de tener dificultades a la hora de trazar fronteras en torno a la comunidad. Para lo que arguye que, pese a las

tendencias unificadoras y globalizadoras del liberalismo, el poder final sigue estando en las manos de los Estados nacionales. Siendo las naciones subyacentes a estos, cruciales como centro neurálgico del poder legítimo y como fuentes de comunidad. Por ello, considera que no hay contradicción entre el universalismo liberal y la necesidad de las naciones.

Lo cual, pone de manifiesto diversos puntos débiles en todo el entramado discursivo de Fukuyama. Primero, al moverse dentro de una ambigüedad argumental no sorteada. Puesto que, comprende que la falta de identidad nacional es solventada por el reducto de poder concentrado en las naciones que subyacen a los estados nacionales, el principio fundamental liberal del universalismo, cae en necesaria contradicción o por lo menos, complejización. No profundiza, pues, en esta convivencia del principio universal y de los reductos de poder en manos de los estados nacionales. Segundo, como testimonio de una necesidad argumental que parte de unos presupuestos no explicitados y desde los cuales Fukuyama alcanza su misma conclusión: El liberalismo se constituye, en efecto, cómo el mejor de los modelos posibles. Su argumentación, resta aún por ser expuesta en este presupuesto básico, abstracto y omiso.

Y con todo, alcanzamos el cierre propositivo con el capítulo: *Principios para una sociedad liberal*. Estos principios del liberalismo son: 1. Alto nivel de confianza en el gobierno 2. Confiar en el federalismo y la transferencia de poderes 3. Protección de la libertad de expresión mediante leyes antimonopolio 4. Primacía de los derechos individuales 5. Reconocimiento de la limitación de la autonomía humana.

Habiendo recorrido todo el trazado de los descontentos, Fukuyama llega al punto de partida del liberalismo. Libertades, sí, pero con un claro sentido del autocontrol y la templanza. Pues de lo contrario, regresamos al estadio pre-inicial. Aquel en el que se hizo indispensable concebir una doctrina como la hoy asumida como liberalismo.

En suma, *El liberalismo y sus desencantados* se erige como una clara apuesta por los valores clásicos del viejo ideal político y económico que seguro aún cabe escuchar. Pues, pese a sus inmensas pretensiones (quizá desmedidas) de abarcar todo un ideario poliédrico de críticas en unas escasas 167 páginas, Fukuyama consigue presentar, si no respuestas y soluciones convincentes, un mapeado general desde el que poder repensar el liberalismo.

Josep Álvarez Belenguer

ORCID: 0009-0002-3940-72

